

Gonzalo Torrente Ballester o el Poder de la Imaginación

Juan José Cabedo Torres

Junio de 2011

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Uno puede irritarse porque la realidad se presenta de forma caótica e incoherente, o puede deconstruirla para volver a construirla a golpes de imaginación y otorgarle de esta manera un orden verbal propio, que no es mejor ni peor que el caos, pero al menos se parece a uno mismo. Uno puede ponerse trascendente, tomarse la vida en serio y no sonreír nunca para no dar una imagen equivocada a la posteridad o poner la realidad del revés para buscar en cada situación y en cada persona el ángulo cómico que nos convierte a los seres humanos en una parodia de nosotros mismos. En la irritación nunca he encontrado ningún beneficio. En cuanto a la seriedad, la verdad es que no concuerda con mi carácter. Por eso me gustan las historias de Gonzalo Torrente Ballester (1910-1999), porque en ellas encuentro imaginación a raudales y un sentido del humor inteligente que me invita a no tomarme la vida –ni a mí mismo– demasiado en serio.

Soy de los convencidos de que sólo la ficción puede explicar la complejidad del mundo. Podemos medir a realidad, pesarla, analizar su forma, establecer sus colores, pero hasta que no incorporemos los contenidos de la imaginación, será una realidad incompleta. He tenido claro desde muy niño que lo maravilloso forma parte de lo real y que es muy fácil deslizarse desde una situación cotidiana a una mágica. Quizás por eso, cuando me aprendí a leer inmediatamente me convertí en lector infatigable, un lector al que le fascinaban esas obras en las que el concepto de lo real no se circunscribe exclusivamente al mundo físico sino que incluye también lo real imaginario. Dejando a un lado los cuentos infantiles en los que alguna que otra niña relamida sale indemne del estómago de un lobo travestido o los relatos donde un niño agarbanzado atraviesa el tracto digestivo de un buey como si del pasillo de su casa se tratara, tardé algunos años en encontrar obras literarias donde se sintetizara la realidad que los hombres vivimos objetivamente con la que vivimos en nuestro interior, la realidad que brota de la imaginación y de los sueños.

También tengo muy claro que sólo la ficción es capaz de trasladarnos vicariamente al centro de la trama y hacernos vivir experiencias que están fuera de nuestro alcance. Sólo la ficción nos permite experimentar qué se siente al ser otra persona, vivir en otra época, tener otras ideas. En un mes de lecturas vivo más vidas de las que sería capaz de vivir en todo el tiempo de mi existencia. No son muchos los escritores que me transportan a su mundo imaginario. Torrente Ballester es uno de ellos.

Cada cual ve la vida como quiere o como puede. Mi mundo incluye la realidad objetiva y la realidad soñada, eso que Alejo Carpentier denominó lo real maravilloso. La realidad completa es, en mi opinión, aquella que incluye al hombre y a sus fantasmas. Por eso las obras que más me asombran son aquellas que incorporan a la ficción cuanto existe en la vida y en la fantasía del hombre.

Esta forma de entender la realidad, que no cercena ninguna de sus facetas, la he encontrado en el floklore y en escritores como Kafka, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Wenceslao Fernández Flórez, Rafael Dieste, Gabriel García Márquez, Faulkner, Joyce, Cervantes, José María Merino, Julio Llamazares, Sain-Exupery... y, de forma muy afín a mi manera de entender las cosas, en Gonzalo Torrente Ballester.

Corría el año 1974, yo tenía 15 y alguien me recomendó un libro que trataba de una ciudad que levitaba envuelta en la niebla cuando los cartógrafos pretendían localizarla. *La saga/fuga de J. B.* (1972) se llamaba. Abrir aquel libro fue sumergirme en un movimiento incesante de historias, en una sucesión vertiginosa de episodios y acontecimientos que se cruzan y se descruzan, aparecen y desaparecen en cronologías delirantes y en estructuras temporales imposibles. Lo real, lo histórico, lo mítico se sucedían con la precisión de un mecanismo que no pertenece a la lógica, pero dotado para mí de una coherencia misteriosa que me hacía sentirme cómplice del autor. El tiempo ascendía, descendía, se aceleraba, se remansaba, y al final los episodios se multiplican en una ordenación temporal caótica que da la sensación de suspensión, de acronía. Aquel libro me pareció más real que las novelas de Zola. «Sí», pensé, «así es como funcionan las cosas» En definitiva lo que me ofrecía el autor era su mundo interior, –el consciente y el inconsciente– el contenido total de su cabeza instalado en la mente de su personaje. El Castroforte mítico, el histórico y el real, el que existe en el presente, son el mismo, pues en definitiva todo ocurre en la cabeza de José Bastida, quien en ochocientas páginas nos ofrece su percepción de la realidad. Recuerdo que la ilustración de la portada era una de esos bocadillos en forma de nube que veía en los tebeos. Efectivamente, alguien estaba imaginando Castroforte y me estaba invitando a su sueño. A mí me parecía lógico aquel embrollo pues, como señaló Freud en su momento, no hay tiempo en los procesos del subconsciente:

El principio kantiano de que el tiempo y el espacio son dos formas necesarias de nuestro pensamiento, hoy puede ser sometido a discusión como consecuencia de ciertos descubrimientos psicoanalíticos. Hemos visto que los procesos anímicos inconscientes se hallan en sí «fuera del tiempo». Esto quiere decir, en primer lugar, que no pueden ser ordenados temporalmente, que el tiempo no cambia nada en ellos y que no se les puede aplicar la idea del tiempo.

(Más allá del principio del placer, 1920)

Einstein justificaría científicamente esta forma de entender el tiempo.

En *La saga/fuga de J. B.* siempre están pasando cosas aunque siempre está pasando lo mismo. La realidad se desdobra en una serie de reflejos simultáneos que nos presenta una versión mítica, histórica y cotidiana de los hechos, que no son tres versiones distintas sino tres facetas de una misma realidad. El tiempo, en la novela, hace confluír la circularidad de lo exterior, esto es, de lo real e histórico, con lo interior, esto es, con lo inventado, lo imaginado, lo soñado, lo recordado. El curso del relato se asemeja de este modo a un viaje por la cinta de Moebius.

José Bastida, al final de la novela, revela la forma helicoidal, embrollada sobre sí misma, del tiempo:

Pero sucedió sin embargo que el señor Bastida, que caminaba por el borde de la acera (costumbre, amén de peligrosa, inveterada, por la que su madre le había reñido un montón de veces), se halló caminando

por el borde de un tirabuzón formado no tanto de espacio como de tiempo: una especie de espiral como un muelle, y, por lo mismo que los muelles, con la facultad de encogerse y distenderse, propiedad que tienen también otros objetos más macizos. «¡Vaya», se dijo; «Ahora resulta que el tiempo también tiene forma», y continuó tranquilamente haciendo equilibrios por la arista de la espiral –único punto de apoyo que ofrecía a sus pies – cuando descubrió que el muelle no ascendía ni descendía, sino que se cerraba sobre sí mismo, y no de modo perfecto y matemático, es decir, continuidad circular del alambre, sino más bien como cuando una de esas espirales se enreda y engancha y no hay manera de enderezarla.

(Torrente Ballester, G., *La saga/fuga de J.B.*, editorial Castalia, Madrid, 2010, pág. 614)

La novela es poliédrica y admite múltiples interpretaciones, que no son excluyentes. Todo depende del nivel de lectura por el que uno navegue. Esto es una gran ventaja pues cuando uno vuelve a leerla, es otra novela diferente. Esta cualidad sólo la poseen unas pocas obras.

José Saramago dijo que *La saga/fuga de J. B.* Era el *Quijote* del siglo XX. Aparte de lo que pueda tener la frase de titular de prensa –también se ha dicho lo mismo de *Cien años de soledad*–, sí que hay varios elementos comunes. Uno de ellos es el lenguaje. Otro es la parodia. Cervantes quiso acabar con los libros de caballerías escribiendo uno de ellos de la misma manera que Torrente Ballester parodia la novela experimental, no sé si con la intención de acabar con ellas, pero sí con la intención de mostrar que el experimentalismo radical y la supresión no menos radical de la anécdota conducen a la incomunicación. Al fin y al cabo cuando uno coge un papel y un lápiz lo hace para contar una historia. No conviene olvidar que toda parodia supone un homenaje. Ya lo dijo Buster Keaton en sus memorias, sólo se parodia lo que tiene éxito o lo que uno admira. La intención paródica convierte en incesantes las alusiones a otros textos de la tradición literaria. Como muestra, un botón. Cuando José Bastida se inventan un lenguaje para escribir un poema es fácil acordarse del capítulo 68 de *Rayuela*:

Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes.

Amante de las teorías y con una vena intelectual muy acusada, Torrente Ballester ha teorizado sobre la escritura y ha introducido en sus novelas el arte de hacer novelas, en un ejercicio metaliterario que es familiar para sus lectores. Torrente Ballester se sitúa sí mismo en la tradición cervantina. Así, para él la novela es multívoca y polifónica. La novela, según nuestro autor, debe ser capaz de sugerir una lectura continua y unas relaciones ampliables entre los diferentes modos de indagar el texto, lo que se consigue con referencias recurrentes. La imaginación ha de estar al servicio de la estructura del relato y Torrente Ballester defiende el uso de un lenguaje afianzado en la literatura clásica. Como en la generación del 27, se funden en su caso la tradición y la modernidad.

En su discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua, titulado significativamente *Acerca del novelista y su arte*, Torrente Ballester asume algunas de las ideas de Ortega y Gasset, especialmente aquella que habla de la esencia del arte como “desrealización”, la creación de un mundo autónomo que se justifique a sí mismo, actitud que Ortega detecta en el arte de Vanguardia. La novela debe proporcionarnos, ya según Torrente Ballester, una “realidad suficiente”, una realidad ficticia y estética donde rigen reglas propias.

Esto no supone prescindir de la realidad sino transitar de forma natural de lo real objetivo a lo real imaginado. Torrente reconoce en sí una tendencia a “racionalizar el misterio” y, a la vez, una tendencia opuesta a “misterificar lo racional y armarme con todo ello un lío de mil diablos”. “La lógica puede obedecer a una necesidad intelectual, pero también son necesarios el disparate y el absurdo: son intelectualmente necesarios”. De ahí el carácter intelectual y fantasioso de toda su literatura y, sobre todo, su potente impulso irónico. La ironía, según algunas interpretaciones, no consiste en otra cosa que en la percepción de lo maravilloso en lo real y lo real en lo maravilloso.

Según propia confesión, a medida que pasa el tiempo, Torrente Ballester se decanta más hacia lo lúdico, unas veces en estado puro, otras, revestido de trascendencia, pero siempre dispuesto a divertirse. Esto le empuja hacia una literatura casi volátil, poco más allá del juego, un poco más allá del mero regocijo, afirmación *hic et nunc* de nuestra real gana. La literatura siempre es para él un espacio de libertad, libertad que se conquista con la imaginación.

La saga/fuga de J. B. fue para mí el descubrimiento de un escritor de sesenta y dos años y una amplia trayectoria. Leí con verdadero deleite *Los gozos y las sombras* (1975-1962), una trilogía en la línea de la tradición realista. Según declaró Torrente Ballester, su propósito al escribirla era «salvar el realismo despojándolo de todo lo que se le había reprochado como ganga antiestética pero conservando lo que merecía ser conservado: la relación con la realidad, la historia, los personajes, en una palabra, cuanto pensaba yo que constituía lo esencial de la novela». Comprobé en esta trilogía algo que ya había visto en *La saga/fuga de J. B.*: la presencia constante de temas explícitamente intelectuales, filosóficos y teológicos, lo que me recordó la manera unamuniana de entender la novela (o la *novela*): un espacio donde expresarse libremente. Quizás por eso sus obras de teatro nunca se representaron en su momento. La personalidad de Torrente Ballester no parece que pueda constreñirse a las convenciones de un género que ha de tener en cuenta los gustos del espectador.

Su personalidad creadora se inclina más a la novela fantástica, al purismo intelectual, al arte *per se* que a la fenomenología social o política de su entorno. Este carácter lo ha mantenido al margen del Tremendismo de los años 40 y del realismo social de los 50.

Los gozos y las sombras. Escrita en pleno auge del realismo social, no se aspira a transformar la realidad. Pueblanueva del Conde como Castroforte del Baralla, es un microcosmos. En esta localidad viven, en la época de la República, unos personajes que participan de los infinitos matices y la complejidad del alma humana. La tensión se mantiene mediante la fórmula del enfrentamiento. El más notable es el que se produce entre Cayetano Salgado, dueño de los astilleros, y

Carlos Deza, un psiquiatra abúlico, ensimismado y escéptico. En un monasterio cercano se enfrentan el prior y el padre Osorio, que defiende una religiosidad puramente intelectual.

De la extensa producción del autor destaco también *Don Juan* (1963), un juego imaginativo donde se confunde lo real con lo irreal y donde abundan, como es habitual en Torrente Ballester, las divagaciones filosóficas y las alusiones a otros textos.

Off-side (1969) supone el regreso al realismo ya no decimonónico. El autor utiliza el método objetivista que tan buenos resultados le dios a Sánchez Ferlosio en *El Jarama* para presentarnos el mundo artístico e intelectual de Madrid, el de las altas finanzas, sin olvidar a las prostitutas y a los homosexuales. La intriga es compleja, con varias líneas argumentales, y está mechada de reflexiones filosóficas y de referencias literarias.

Fragmentos de apocalipsis (1977) Incluye una extensa meditación entre lúcida de alucinada sobre el proceso de creación literaria, sus problemas, sus placeres secretos, sobre los trucos y las trampas del escritor. Todo esto a través de un minucioso diario de trabajo del protagonista. Se añaden al diario de trabajo secuencias proféticas de uno de los personajes, con motivos propios de la literatura apocalíptica. Estructura fragmentada y continuo juego metaliterario. El tema, como es habitual en el autor, es la relación entre la realidad y la fantasía.

La isla de los jacintos cortados (1980) es una novela intelectual y poemática. Se combinan dos planos: uno real (un alter ego del autor revive unos amores no correspondidos); otro, imaginario (una fantasía histórica que llega a la conclusión de que Napoleón nunca existió). Todo es un sueño en el que el profesor aspira a adueñarse de una mujer que no se le entrega.

Trabajador infatigable, Torrente Ballester ha publicado novelas, ensayos, obras de teatro, artículos periodísticos, crítica literaria y pictórica, y ha trabajado como guionista cinematográfico. Es la suya una escritura en libertad. Un autor que ningún amante de la literatura debería perderse.

Juan José Cabedo Torres